

PUNTOS DE SUSCRICION

MADRID

Ptas. Cts.

Un mes.	1	>
Un trimestre.	2	50
Un semestre.	5	>
Un año.	10	>

PROVINCIAS

Tres meses.	3	>
Seis.	5	50
Un año.	10	>
Extranjero y Ultramar.	5 pesos	

CORRESPONSALES

25 números de EL Mo		
TIN.	2	50
Idem del SUPLEMENTO.	75	

NÚMERO DE EL MOTIN

15 céntimos.



ADMINISTRACION

SAN BERNARDO, 94, PRIMERO DERECHA

Las suscripciones empiezan en 1.º de mes, y no se servirán si al pedido no acompaña su importe. Los libreros y comisionados recibirán por las suscripciones que hagan el 10 por 100.

La correspondencia al Administrador del periódico.

Centros de suscripción: En Madrid: librería de los Sres. Hijos de Fé, carrera de San Jerónimo, núm. 2, y de D. Antonio San Martín, Puerta del Sol, 6.

Habana: D. José Pozo, Obispo, 32.

NÚMERO DEL SUPLEMENTO

5 céntimos

PERIÓDICO SATÍRICO SEMANAL

AL CESAR LO QUE ES DEL CESAR

Vicio se llama comunmente á la ingratitud, cuando es crimen, y de los mas nefandos.

Entiéndanlo así los republicanos de Huesca que trabajan contra la candidatura de D. Emilio Castelar, ese hombre á quien tantos favores debe el distrito ¿qué el distrito? la provincia entera.

Parece mentira que la pasión política borre en el corazón del hombre los sentimientos que más le enaltecen, y que la envidia le lleve por los derroteros del odio.

Entre todos los actos del Sr. Castelar en el distrito, hay uno que bastaría para asegurarle la unanimidad de la elección, en otro país que no fuera el nuestro.

Acto heroico, sublime, que llenó de admiración á propios y extraños, hizo derramar lágrimas de ternura, y debió quedar esculpido con caracteres diamantinos en el pecho de todos los oscenses.

El cólera se presenta en Huesca, y, como en todas partes, siembra el espanto, el terror y la desolación.

Los medios de vida escasean, y falta algo que en estos casos es tan indispensable como aquello: consolar á los que padecen, levantar el espíritu público.

Llega al Sr. Castelar la noticia. Otro cualquiera hubiese encontrado mil pretextos para no correr al sitio del peligro; mas él, con esa grandeza de ánimo que hasta sus mismos enemigos le reconocen, se dirige allá veloz.

Y una vez en la ciudad, va, viene, se prodiga, se multiplica; donde quiera que falta consuelo, allí está él; nadie tiene una necesidad sin que él acuda á remediarla.

Su presencia derrama raudales de esperanza en el pecho de los desgraciados; y por donde quiera que va, las bendiciones le acompañan.

A la cabeza del enfermo unas veces, otras allegando recursos con su maravillosa elocuencia; ya aconsejando la adopción de medidas sanitarias; y siempre avaro de la existencia ajena y derrochador de la propia, el Sr. Castelar se muestra como quien es.

A su actividad, á sus sacrificios, á su influencia, débese el que la epidemia no alcance las proporciones que en otros puntos; y solo se retira cuando el mal está vencido, cuando no hay á quien consolar ni qué combatir.

Su salida de la población se verifica por sorpresa, pues, grande en todo, renuncia á los honores de la ovación, que hubiera sido sin duda alguna, la mayor de cuantas se han hecho en España á los hombres públicos.

Ahora bien; dados estos antecedentes, ¿es digno, es noble, es justo atacar hoy á ese hombre extraordinario, que en aquellos angustiosos momentos no se olvidó de sus electores, expuso un millón de veces su vida, y se desprendió de parte de su fortuna?

No, y mil veces no. Por eso no estoy conforme con los republicanos de Huesca que se niegan á reelegirle diputado, y me agradaría que, volviendo sobre su acuerdo, votasen su candidatura por unanimidad.

PLAN DE CONDUCTA

Varios republicanos aspiran á representar al país en las próximas Cortes.

Pocos, muy pocos lograrán su objeto; todo el mundo sabe lo que en boca de Sagasta significan las palabras «sinceridad electoral», y cómo entienden los gobiernos de la monarquía el respeto á las decisiones del sufragio. Pero esos pocos, cuyo triunfo resulte tan patente que no haya artimaña posible para arrebatárselos el acta, ¿á qué van á venir á las Cámaras?

¿A pronunciar profundos ó floridos discursos, que confirmen la reputación de oradores de los que ya la tienen, ó se la den á los noveles que la busquen, prestando, al combatirlos, importancia y vigor á los proyectos del gobierno?

En ese caso maldita la falta que hacen, y pueden evitar á sus electores las molestias y los peligros á que por ellos van á exponerse; á menos que su interés no sea trabajar por la república, sino por su vanidad ó su conveniencia.

Para trabajar por la república, ó por la revolución, que hoy es lo mismo, es preciso combatir sin piedad contra toda situación monárquica, lo mismo dentro que fuera del Parlamento; y en éste no son los discursos los que impiden que los gobiernos consigan sus fines, viendo sus proyectos convertidos en leyes, sino en hacer que estos no lleguen á votarse.

Proposiciones, preguntas, interpelaciones, todos cuantos medios haya de que se retarde ó imposibilite un acuerdo, la obstrucción, en fin, pero constante y tenaz; tal es el arma que debe emplearse por los republicanos para cumplir con su deber en las Cortes, y que no sea inútil su presencia en las mismas.

Así suponemos que han de entenderlo, y así han de cumplirlo, riéndose de los que les censuren en nombre del prestigio del sistema parlamentario. ¡Como si alguno le hubieran dejado diez años de restauración borbónica!

Ni deben de olvidar tampoco, que no basta la lucha del salón de sesiones, ni los esfuerzos que allá hagan les dispensa de emplearlos donde la república los necesite; que nadie renuncia al uso de las manos, porque tenga libre el de la lengua.

AL MINISTRO DE GRACIA Y JUSTICIA

Hace pocos días fué un ciudadano á inscribir un hijo suyo al registro civil del distrito del Hospital.

Tenia el capricho, muy literario y muy honroso para el orgullo patrio, de ponerle el nombre de Espronceda, mas no pudo lograrlo porque el juez se opuso, empeñándose en que había de llevar precisamente el nombre de un santo.

No citó, porque no podía hacerlo, porque no existe, porque no puede existir en la ley el texto en que apoyaba su negativa, y el padre se retiró, quedando en volver al día siguiente.

Y volvió, é insistió en su pretensión, hasta que, viendo que en modo alguno podía vencer la resistencia del juez, le propuso los nombres de *Timolao* ó *Froculao*.

Y ¿cuál no sería su sorpresa al ver que tam-

bien se negaba á ello? Tomó testigos del hecho, y acudió á primera instancia, donde le dirán si un juez municipal puede oponerse así á que un padre inscriba á sus hijos con el nombre que le dé la gana.

Y le dirán además, si el que acude al registro civil debe sufrir las consecuencias de la ignorancia de un juez que, como el del Hospital, no sabe que existen en el santoral católico los nombres de Froculao y Timolao, en los días 2 de Febrero y 24 de Marzo.

Por respeto á la libertad de los ciudadanos que están facultados para hacer todo aquello que la ley no prohíbe expresamente, y también por evitar que personas constituidas en autoridad cometan esas planchas monumentales, bien por capricho, bien por fanatismo, ó ya por ignorancia, suplicamos muy encarecidamente al señor ministro de Gracia y Justicia que dicte las órdenes oportunas para que los jueces municipales respeten la voluntad de los padres en cuanto se relacione con la imposición de nombres á sus hijos, y además se dediquen á repasar en sus ratos de ocio el almanaque católico, para no verse en el desairado y ridículo caso que se encuentra hoy el juez del distrito del Hospital en Madrid, cuya dimisión suponemos que no se hará esperar en cuanto lea el presente artículo.

¿SECUESTRO?

Hará unos cuatro años que una señora llevó una hija suya al convento de las Adoratrices en Madrid, para distraerla de unos amos que no le convenían.

Como la chica era lo que se llama toda una real moza, de 17 abriles y muy graciosa además, ningún inconveniente pusieron á su entrada.

Traspassó el umbral del edificio, se cerraron sus puertas, y como allí hay la misma costumbre que en otros sitios donde se reúnen mujeres, de mudarles el nombre, la hermosa Isabel trasformóse en la colegiala Quiteria.

Desde entonces acá, todos los esfuerzos de la madre por verla, han sido infructuosos. Llega allá, la recibe una monja de voz gangosa, le dice que su hija está buena, y la despide, á veces con malos modos.

Así no sabe la madre si su hija enflaquece ó engorda, si está contenta ó disgustada, si quiere ó no quiere permanecer en aquel casto (perdónese si alguna de mis suposiciones resultare temeraria, en atención á que jamás he sido monja,) en aquel casto asilo.

Ahora, con motivo de haber muerto su esposo, el padre de la reclusa, ha insistido la madre en verla para hablarle de asuntos de interés, y nada; no ha podido echarle la vista encima, ni recibir siquiera una carta de su puño y letra.

Ignoro el reglamento por el cual se rige la cárcel-convento de la calle de Leganitos, y con qué objeto se encierran allí las jóvenes de buen rostro y mejor cuerpo; lo que sé es que no profanan, y que, por lo tanto, deberían comunicarse con sus familias.

En vista de esto, suplico al señor gobernador civil de la provincia, que vea la manera



reglar este asunto, no nos encontremos con un caso igual al que acaba de ocurrir en Trujillo, mucho más punible, por no haber profesado la Isabel Moya, hermana Quiteria en aquel nido de chicas guapas.

Pues según rumores que han llegado a oídos de la madre, parece ser que su hija volvería con gusto a la vida del mundo, más digna, más santa y más útil que la que se practica en esos asilos donde nadie sabe lo que ocurre, aun cuando todos lo supongamos.

DATOS EDIFICANTES

Según *El Diario de Badajoz*, la comunicación que la monja del convento de Trujillo, doña Ramona Vaquero, pudo hacer llegar al gobernador civil de Cáceres, decía poco más o menos:

«Señor: En este convento de concepcionistas Jerónimas me tratan muy mal. No soy de las hijas a quienes la madre superiora mira con cariño. La antipatía de que soy objeto procede de mi resistencia a ejecutar ciertos actos que por ahora no puedo decir. Esta clausura es para mí el infierno y no el lugar de paz, consuelo y gloria que yo incantamente creí. He elevado mis justas quejas hasta el señor obispo de la diócesis por conducto del capellán del convento; he pedido ser trasladada a otro; he solicitado compasión; he amenazado con el escándalo; todo en vano; soy objeto de tan malos tratamientos, que creo en peligro mi vida; no puedo resistir más; y puesto que la autoridad eclesiástica no acude en mi socorro, demando que la civil me ampare: quiero y pido mi excomunión, para volver al lado de mi familia y tratar en el santo hogar de mis mayores de recobrar la tranquilidad de mi espíritu, pedir a Dios el olvido de mis sufrimientos actuales y el perdón de su divina clemencia para las personas que olvidan los preceptos de la caridad cristiana. No me siento, señor, con el valor suficiente para ser una mártir ignorada: Dios no me concede tal fortaleza, y mi conciencia rechaza el suicidio en que más de una vez he pensado. De nuevo suplico el amparo de la autoridad civil: concedámelo pronto, porque si tarda, solo podéis, señor, encontrar el cadáver de la desdichada reclusa, Ramona Vaquero.»

Como supongo que debe haberse abierto proceso para depurar los hechos que han dado origen a la excomunión de la monja, aguardaré a que termine para juzgarlos.

Hasta tanto, recomiendo la lectura de las anteriores líneas, para ir haciendo atmósfera en favor de la idea de airear esos edificios oscuros y sombríos, donde tantas iniquidades y tantos crímenes pueden cometerse, y se cometen sin duda alguna.

EL ESTILO ES EL HOMBRE

Mi apreciable colega *El Regional*, de Lugo, publica el siguiente artículo que el conocido literato A. F. Pereira le dirige por su conducto desde Salamanca.

A EL MOTIN

«Periódico empedernido en el pecado... papel nauseabundo é indecoroso... impreso pecaminoso, protervo, impío... corruptor de las conciencias... desmoralizador... y etcétera.

Háme llenado de sorpresa, de dolorosa sorpresa, ver mi firma en tus columnas, y antes de mi firma el malaventurado artículo que en este periódico he publicado, exponiendo sinceramente una duda que acongojaba—y aun acongoja—mi ánimo.

Más ya que tu malicia—de la que no da medida ni la del mismo Luzbel—ha querido sacar racha de los temores de mi alma conturbada, hubieraste detenido ahí. Que tu maldad probada y tu reconocida mala fé explotasen mi inocencia é interpretasen torcidamente mis consideraciones, no puede extrañarse; pero si he de formular séria, razonada y enérgica protesta contra el calificativo de *apreciable colega* que estampas en el encabezado puesto a mi desdichado artículo—que desdicha es que tú lo hayas reproducido—y protesto también de la perniciosa intención que a no dudar envuelve la frase con que me das las más expresivas gracias.

¡Cómo se refleja tu perfidia en aquellas cinco líneas incompletas! ¡Cómo envuelves el dardo envenenado entre pobrecillas flores!

Has creído, tal vez, que con llamar *donoso* al artículo y conocido al pobrecito escritor que lo suscribe, este, engreído con tus falsos elogios, se dejaría atraer por tus caricias.

¡Intentabas arrastrarme al abismo en que estás sumido, hijo de Belial!

¡Ah! Cuánto siento no tener ahora a mano una colección de *El Siglo Futuro*, *La Fé*, u otro periódico de la grey! Solo en ella podría yo encontrar frases con que desahogar mi indignación.

Pero, en fin; aquí tengo un número de *La Pluma*, periódico redactado por sacerdotes, y milagro será que no haya en él un suelto ó artículo en que pueda yo hallar inspiración.

¡Ajá! Aquí está! Prepárate, vil MOTINCEJO.

No te cuadrará a tí muy bien que te llame «canguro sopista de sobras, limpia-botas de siempre, lacayuelo encumbrado y adulador de baja estofa;» pero si he de llamarte «indecentuelo, que según tu rastrera, asquerosa y miserable condición de chismosuelo,» te permites llamarme apreciable colega.

«Pues sabe de una vez para siempre, grandísimo mentecato y bribon, que jamás admitiré tus alabanzas, sin vergüenza.»

No sé, MOTINCILLO, si eres asturiano; pero si lo fueses, te diría lo que el mencionado piadoso periódico dice a uno:

«Vete a Asturias, monigote, pues temo que alguien te dé en el tras un puntapié ó un porrazo en el cogote.»

Tal vez, al ver la templanza de los párrafos que dejo entrecorridos, al admirar la cultura de esas frases, la suavidad de los conceptos, te atrevas tú a suponer que lo copiado es de algún periódico impio, liberal.

Pues te equivocas. Todo eso es de *La Pluma*, periódico católico, escrito, según a cada momento repite, por sacerdotes, y que regala a sus suscriptores la *Revista Religiosa*.

Ya quisieras tú, soberbio, satánico papel, poder hacer cosa parecida.

Ahí te queda consignada mi protesta, que espero copiarás, en justo desagravio de la ofensa que me has inferido al reproducir con comentarios mi anterior conversación.

Si así lo hicieras, habrás cumplido un deber de justicia: sino, apelaré a la ley de imprenta. ¿Entiendes?

Confío en que no darás lugar a este último extremo, como no desespere de que la piedad tocará tu corazón y moverá tu alma, y te convertirás en un periódico edificante. Como *La Pluma*, *verbi gratia*.

No todo el que quiere, estimado compañero, puede alcanzar en este valle de lágrimas la prociencia necesaria para distinguirse en el estilo grosero é inculto, de que son hermosa muestra los conceptos que me aplicas copiándolos de ese periódico católico a que aludes, y el cual tiene la bondad de dirigirlos no sé a quién.

Es preciso haber oído muchas misas ó haberlas dicho, comulgado muchas veces, postrándose años y años ante el ara santa, para llegar a esa perfección cristiana que permite emplear sin sonrojarse ese asqueroso vocabulario de frases inmundas, y hacerlo tan fácil, correcta y gallardamente como lo hacen esos humildes y caritativos ¡sa! cerdotes periodistas.

Y no vayas a creer que no lo he intentado cuando algún papel católico me hizo blanco de sus iras; mas todo inútilmente. Yo podré emplear la palabra más dura, la más expresiva, la más brutalmente gráfica para expresar bien los acentos de la indignación; pero nunca la súa, la cínica, ni la que hace llevar el pañuelo a la nariz. Y esto lo comprenderás perfectísimamente cuando te asegure por mi honor que no frecuento las sacristías.

Muchas veces, al habérmelas con un cura, he caído de rodillas, y alzando los ojos al cielo y cruzando las manos, he exclamado con acento salido del fondo de mi corazón:

«¡Señor! ¡Señor! Tú, que todo lo puedes, que has sacado mundos y soles de la nada; dame, aunque sea por un instante, la desvergüenza de mi contrario, para responderle en el mismo tono que él me ataca.»

Y Dios ha permanecido sordo a mi ruego, como diciéndome:

«¿No comprendes, ambicioso mortal, que para hablar tan a la perfección el lenguaje de los basureros, hay que cantar misa previamente?»

Y entonces he contestado, humillando mi frente en el polvo: «¡Es verdad! ¡Es verdad!»

Y ahí tienes demostrado, querido compañero, el por qué EL MOTIN no llegará a ser nunca un periódico edificante, como *La Pluma*, *verbi gratia*.

MANOJO DE FLORES MÍSTICAS

Hé aquí lo que cobra anualmente el obispo de Madrid, representante de Aquel que no tenía ni donde reclinar su cabeza:

«Renta, 110.000 reales; por la visita, 20.000; por cruzada, 30.000; por la Vicaría de Madrid, 100.000; por dispensas y otros negocios en toda la diócesis, descontados los gastos de secretaría, personal, etc. etcétera, 40.000; por haber subido 100 reales a los 300 que antes costaba la dispensa de amonestaciones, suponiendo que cada año la pidan 500, 50.000; por haber hecho lo mismo con la licencia para poner a Su Majestad de manifiesto, que antes costaba 11 reales y ahora 24, se calcula aproximadamente unos 120.000; por los rendimientos de los economatos que le pagan una crecida contribución, 80.000; por la misa, 7.300. Total, no incluyendo otras cosillas, 557.300 reales ó 27.865 duros.»

Comentario único que por hoy hago: los católicos se mueren de hambre por las calles. Cuatro noches há que uno fué recogido exámine en la calle de San Bernardo y conducido a la casa de Socorro.

Al aspirar el perfume de esta hermosísima flor, siento así como deseos de no publicar más *manojos*. Porque es lo que me digo:

«Todos los que he confeccionado en cinco años, no valen lo que esa noticia.»

Sin embargo, como soy muy modesto, continuaré mi tarea.

Feliz y contento vivía el sacristán de las monjas de San Clemente en Toledo, cuando el diablo, que no duerme cuando de molestar a los buenos siervos del Señor se trata, dispuso las cosas de modo que lo despidieran del santo asilo donde las esposas de Cristo, de las cuales era muy querido, hacen escapularios, acericos, niños de cera, y no sé si boinas, y no sé si cartucheras, cuando la santa causa lo exige.

Y fué el caso que, sin que yo sepa el motivo, se enredó de palabras con la esposa (mística) de un presbítero, en una espartería, delante de gente, y que de una en otra, las palabras llegaron a revestir un carácter tan marcadamente eclesiástico, que doy gracias al cielo de no haberlas oído, porque de seguro se tñe mi simpático rostro con las sonrosadas tintas del rubor, como me ocurre siempre que me acuerdo de Villaverde.

La presbítera, a lo que parece, hubo de quejarse a su dueño y señor; y éste, movido del amor a la justicia, sublimado en esta ocasión por el cariño que sin duda profesa a la santa mujer que con él comparte placeres y dolores de la existencia, trasladó el hecho al gobernador de ellos.

Cuyo señor, creyendo sin duda que las ofensas a las amas de los curas, suponiendo que aquí las hubiere, son tan punibles como las inferidas a Dios mismo, llamó al desdichado sacristán, y le ordenó que pidiese perdón a la señora clériga.

El rapavelas, con dignidad y entereza impropias en su clase, negóse resueltamente a hacerlo; amenazósele con la destitución, y entonces, en un nuevo arranque varonil (para que se vea lo que son las cosas: ¡un sacristán!), hizo entrega de su credencial, y seguidamente recibió el oficio de cesantía.

Escarmenten en éste todos los sacristanes de la Península é islas adyacentes, y traten a las señoras párrocas y presbíteras con el respeto y la consideración a que son acreedoras por las altas funciones que desempeñan, pues de lo contrario se expondrán a perder el destino, como acaba de sucederle al de las monjas de San Clemente en Toledo.

¡Pero qué gentecilla hay por el mundo! Ahora que el virtuoso presbítero D. Felipe ha sido trasladado del pueblo de Villacanejos al del Alamo, todo se les vuelve echar pestes de él a los vecinos del primero.

Que si trató de imponer no sé qué cuota a las Hermandades piadosas.

Que si formaba y protegía sociedades de jóvenes con varios objetos, uno el de ser tesorero de todas.

Que si pretendió cobrar alquiler por el arca donde se guarda la cera, siendo propiedad del pueblo.

Que si durante la epidemia absolvía a los agonizantes desde su casa, diciendo estar autorizado para ello por el Papa.

Que si no asistía a los entierros aunque los cobraba, y doble en algunas ocasiones.

Que si tuvo una reyerta con un hermano suyo, por cuestión de intereses.

Que si al irse del pueblo dejó sin velarse a tres parejas, no obstante haberles cobrado los derechos.

Que si en Enero último buscaba casa en Madrid, no se sabe con qué objeto.

¡Por qué los que ahora esparcen tan calumniosos rumores, no lo hicieron cuando D. Felipe estaba en el pueblo? ¡Por qué?

Después de todo, valiente cuidado le dará a él de esos chismes; ni de que digan que si la noche del 20 del citado Enero, estaba en las afueras, junto a la ermita de Santa Ana, en actitud de aguardar a alguien; ni mucho menos que algunos relacionen este hecho con el de haber sido sorprendida a aquella misma hora por su honrado padre una joven de quince a diez y seis años, que se disponía a salir de su casa por la puerta falsa, y a la cual se le ocupó una carta de un presbítero.

Tenga él su conciencia tranquila, como indudablemente la tendrá, y riase de los mentecatos que procuran desacreditarle en su ausencia, sin razón ni fundamento alguno.

El buen mozo, y ella joven y rubia y pinturera... Se les caía la baba á los feligreses contemplándolos.

En su casta intimidad, con el padre de él al lado, satisfechos del presente y seguros del porvenir, los dos vivían en un paraíso.

Mas ¡ay! que un suceso inesperado vino á enturbiar las puras aguas de aquel lago sereno, cuando menos lo esperaba el matrimonio. (Permitidme llamar así á aquella unión hermosa y pura. ¡Es tan dulce la palabra!)

Preséntase un día en la casa una hermana del presbítero, y sin saber cómo ni cuándo ¿quién sabe nunca cómo llega el rayo? se lanzaron una sobre otra las dos cuñadas místicas.

Y hubo estacazos, y arañazos, y porrazos, y rodetes deshechos, y palabras duras, y acentos de ira, y el suegro y la cuñada del ama fueron por fin arrojados á la calle.

Desgraciadamente no terminó la cosa ahí, pues enterándose los vecinos se armaron de esquillas y cencerros y trompetas de asta de buey, y de latas de petróleo, y fueron á dar una serenata á los tortolitos sagrados, que en el poético nido de la casa rectoral celebraban con arrullos su victoria.

Y tal entusiasmo se apoderó de los respetuosos fieles, que el que no había podido proveer de un instrumento, gritaba y voceaba como si fuera cuestión de honra el distinguirse en tan alegre alboroto, en tan simpático escándalo.

Todo esto dicen que ocurrió en Aldealengua; y yo, que ni lo creo ni lo dejo de creer, contesto á los que me lo comunican:

Lo que no fué en mi año, no fué en mi daño.

Á todos nos gusta beber, Manolito, el de Siétamo, porque en verdad es cosa agradable. Pero de eso, á tomar por oficio el emborracharse, hay una gran distancia.

Dígame esto, por si algún día tropiezas con un cura que me dicen anda por ahí, el cual tiene el feo vicio de *ajumarse* cuotidianamente, ya en el café, ya en su casa, ya donde le pilla.

Y del cual se cuenta, que el día que bautizó á la hija del médico, empezó á beber á las cuatro de la tarde, y á las ocho de la mañana del día siguiente aún no lo había dejado, yendo desde allí á decir misa.

Otro día, estando afloxerado, vendió un huerto á un penitente, lo cobró, y al cabo de algún tiempo, aprovechándose de que no se había extendido documento de venta, le devolvió el importe, recobró el huerto, y se lo cedió á un compañero de *trinquis*; falta de formalidad que no favorece á nadie, pero menos á un ministro del Señor.

Diselo así de mi parte cuando lo veas, y procura no imitarlo tú, para evitarme disgustos y malos ratos.

Amados hermanos míos en el Señor; Gervasio, Vicente y Manuel (el Gordo):

He sabido con gran contentamiento que al fin habeis logrado formar el batallón de hijas de María, y que cada *miembra* contribuye con un realito al lustre de la sociedad.

No habeis elegido la mejor ocasión para ello, por estar los obreros sin trabajo, y padeciendo los horrores del hambre; pero á bien que todos somos hijos de Dios, y el que no coma, que revente.

Me dicen que da gusto veros cuando cantan las hijas de la Felguera y Langreo, casi todas ancianas de quince á diez y ocho; á Gervasio, cayéndosele la baba de gusto; á Vicente, sin quitarles ojo; y al padre Gordo, todo nervioso y agitado.

¡Hermanos míos queridísimos! Comprendo esas nobles sacudidas, y no sabeis cuánto os envidio desde esta maldita redacción de EL MOTIN, donde no entran más que hombres, algunos bastante feos.

Seguid, seguid sembrando en el corazón de esas jóvenes semillas de caridad, por ver si algún día la ejercen con vosotros; que quien siembra coge, y la gota de lluvia acaba por horadar la peña más dura.

Hace pocas noches iba por las calles de Manresa un presbítero picado de la tarántula filoxérica. ¡Pero qué picadura! Solo se mantenía en pie por puntillo de honra.

Deseosos de evitar un escándalo, la ronda nocturna y los serenos trataron de buscarle alber-

que donde la durmiera, poniéndole á la vez al abrigo de la maledicencia pública.

Al efecto se dirigieron á la casa del arcipreste Peypoch; llamaron, y éste, con la caridad evangélica que le distingue, se negó á socorrer á su hermano *curda*.

En su consecuencia, condujeron á este á la cárcel, donde halló la hospitalidad que le negara el tonsurado compañero.

Pues el alcalde, movido á compasión, y por respeto al carácter del infeliz beodo, lo tuvo en su habitación, donde pasó la noche entonando un responso de espirituosos ronquidos.

Lo repito una vez más: no hay cura para cura. Se odian cordialmente, y solo se reúnen, como los rabadanes, para comerse las ovejas.

El Domingo de Carnaval decidieron las hijas de María, de Selva, salir en procesion.

Y efectivamente, se reunieron unas doscientas, y se echaron á la calle.

Cuando más entusiasmadas iban, tropiezan con unos enmascarados, y estos, sin tener en cuenta el carácter místico de la *juerga* femenina, comenzaron á bromear con las jóvenes.

A esto siguieron las frases picantes, las manipulaciones, y todo lo que constituye el programa de las fiestas de Carnaval cuando dos mascaradas se encuentran.

Y con tal motivo se armó un gran escándalo general, y otra porción de escándalos parciales, que dieron por resultado la dispersion de las devotas y la intervencion de la fuerza pública.

Gran censura merecen los enmascarados, por haber impedido la máscara mística, aunque tal vez lo hicieran pensando que deben dejar siquiera tres días libres á los demás, los que viven en Carnaval todo el año.

Amado párroco de Navafria (Segovia):

Para que puedas parar el golpe, voy á comunicarte en secreto que varios de tus feligreses piensan acudir al obispo en queja contra tí.

Sobre si no permites bailar á las jóvenes después de las seis de la tarde, y las haces ir á tu casa á las ocho de la noche, para enseñarles no sé qué (debe ser la doctrina).

Sobre si visitas mucho la calle del Povo, y hay bastantes matrimonios mal avenidos por mezclarte en sus asuntos.

Sobre si has subido á diez reales las misas que antes trabajabas á seis; y sobre si saliste de Fuente Sahuco por miedo á que un hijo del sacristan te acariciase en agradecimiento al amor acendrado que profesabas á su hermana.

Y sobre otra porción de inocentadas por el estilo.

Pasa á la residencia del obispo, é indícale lo que traman tus feligreses, para que esté advertido, y dé carpetazo á la exposicion, como dicen que ha hecho con otras.

Leo en el periódico de Alicante, titulado *Buenas Noches*:

«Algunas señoras de las que habitualmente concurren al café del Comercio, se quejan de la poca galantería de cierto sugeto, cuya manera de expresarse, bien poco culta por cierto, las obliga á menudo á abandonar el sitio que ocupan, más temprano de lo que tienen por costumbre.

Este hecho es tanto más censurable, cuanto que el individuo que nos ocupamos está, según se nos asegura, revestido con un carácter muy respetable y poco en armonía con el abuso que denunciarnos.»

Pase á informe del capellan del regimiento de Tetuan, que concurre á menudo al café del Comercio, pues él debe saber quien es el desvergonzado *sotana* que se atreve á faltar así á la decencia en un sitio público; rogándole á la vez que trabaje cerca del dueño para que arrojen de allí al atrevido.

El cura de Huerto, cerril si los hay, se *apanda* su *guita* administrando globulillos homeopáticos á los fieles de las cercanías.

¿Que si las autoridades y los subdelegados de Medicina hacen algo por impedirlo? No. En España no hay como ser cura para hacer lo que á cada cual se le antoje.

Como además tiene la confianza y el apoyo de las beatas y mimotauros adyacentes, y el número de los brutos es infinito, el *clericuso* campa valientemente por su respeto, y el que espiche con sus globulillos, que el diablo se lo lleve.

Creo que debería prohibirse en absoluto á los curas el ejercicio de la medicina, para evitar que alguno, necesitando cuartos en un trance apurado, se entretuviera en hacer difuntos para tener entierros.

Hermoso, monumental es el *cleripopótamo* Catavino. Como que no bajará de 12 arrobas su peso en bruto.

Con motivo de no se qué percance ocurrido recientemente á su joven ama, hay en Medina del Campo quien recuerda á su antecesora, la pobre Casilda, que también sufrió otros idénticos, y á quien expidió la licencia absoluta cuando ya la vió sin tersura en la tez y con la cintura muy ancha, por el mucho trabajo que suponen veinte años de immaculados servicios.

Si esto hiciera con la actual, no por esto censuraria yo á Catavino; antes bien lo envidiaría, por la facilidad que tienen los curas para divorciarse de sus amas, mientras los seglares nos vemos obligados á vivir siempre con la mujer que nos tocó en suerte ó en desgracia, que de todo hay en la viña del Señor.

Amigo Cencerro:

Te advierto, por si no lo supieres, que el día 6 del corriente se representó en el teatro principal de Jaén el drama *Caparrotta*, de tu inolvidable y malogrado director D. Luis Maraver, con el laudable propósito de allegar recursos á la ilustre cofradía de NUESTRO PADRE JESUS NAZARENO, para el mejoramiento del carro triunfal sobre el cual ha de conducirse á tan veneranda imagen.

Ahora te convencerás, tú que tanto defiendes á la gente de iglesia, de que no repara en medios cuando se trata de allegar recursos.

Porque cuidado que tiene lances esto de poner en escena la obra de un excomulgado para arreglar cachivaches místicos.

¡Ah! que se me olvidaba lo mejor. Supongo que no dejarás de cobrar los derechos de representación.

Curas de aquí para allá, gesticulando, persuadiendo, prometiendo y amenazando, vense á toda hora en Valdeburon, partido judicial de Riaño.

Entre ellos descuella uno, muy conocido por sus aficiones *mestizas*, por las *juergas* continuadas en que hace el papel de anfitrión, por los ropajes que gasta poco en armonía con su oficio, y por otras cosillas que yo me sé.

¿Que por qué se agitan y se mueven tanto? Por sacar á flote en las próximas elecciones al candidato conservador.

Si yo fuera gobernador de la provincia, ó siquiera alcalde del pueblo, pronto la cárcel se vería convertida en nido de cucarachas.

Dícenme que hay en Santa Cruz de Tenerife un pueblo llamado La Guancha, y que el cura de ese pueblo posee una sobrina.

No tengo inconveniente en creer ambas cosas, por haber ambas en los límites de lo posible.

Cuyo tío y cuya sobrina, añaden, ponen en invierno las camas en el camarín de la iglesia, por no reunir buenas condiciones la casa rectoral.

Esto ya empiezo á ponerlo en duda.

Entre cuyas camas, continúan, no hay puerta ni pared, sino simplemente una imagen de la Virgen.

¡Alto aquí! Por esto sí que ya no paso. Colocar una imagen de la Virgen en tal sitio, no tiene explicacion, ni real ni simbólica, y por lo tanto, niego que sea cierto.

Ruego á mi corresponsal de Ronda que no me envíe flores mustias, sino fresquitas.

La referente á si el cura Guerrero, *nacio y pastao* en Banalauria, se presentó en esa ciudad con una tal Isabelita; si ésta tuvo ó no tuvo; si el matrimonio místico quería como hijo al hijo de un matrimonio profano; si aquel chiquitín fué monaguillo y hoy es seminarista; son historias pasadas de la andante clerecía, que ni me placen, ni hay para qué resucitarlas.

Hechos concretos y recientes son los que yo necesito saber, para continuar con mi penosa tarea moralizadora.

¿Qué pasa en Orihuela? ¿Por qué esos corrillos en calles y plazas? ¿Por qué esas discusiones acaloradas? ¿Por qué esas frases de indignacion?

¿A santo de qué toman precauciones las autoridades, y cercan el palacio del obispo con guardia civil y municipales, cual si alguien tratara de realizar actos subversivos?

Segun asegura un periódico, todo es debido á la mala impresion producida en el vecindario por el resultado de las oposiciones verificadas para proveer la plaza de canónigo doctoral.

Suplico á la persona que esté bien enterada del suceso, que me comunique algunos detalles, porque la causa de la escandalera debe haber sido monumental.

Pues no es poco inocente el vecino de Sisan-te que me pregunta si sé las razones que ten-drá el jesuita que ha caído por allí, para obli-gar á las gentes sencillas á hacer confesion ge-neral antes de la época señalada á este acto por la iglesia.

¿No he de saberlas, hombre, no he de saber-las? Enterarse de la vida y milagros de cada quisque, y ver si puede timarle piadosamente unos cuartejos para rogar por su alma y com-prar chuletas.

Si el cura Rezola rifa en 750 pesetas un reloj que apenas vale 200;

Si nadie sabe á donde ha ido á parar una ca-ma que también rifó, por más que alguien sos-peche que la usa su sobrina Amalia;

Si va ó no con frecuencia á una casa de la calle de Santiago, en Irun, (porque no sé si he dicho que es de Irun).

¿Qué me importa á mí de todo eso? Si lo hace, él sabrá por qué; y si no lo hace, idem per idem.

¿Con que tanta gracia tiene para contar chas-carrillos del color de las ovas, Luisito, *parro-quidermo* de Coca?

Si viene algun día por Madrid, ruégole que se pase por esta redaccion para echar una cani-ta al aire, porque no puede tener idea de lo que me divierte oír á un cura hablar de esas cosillas alegres.

De teja y manteo, por supuesto, sin esto no; porque es el aderezo, la salsa, lo que le da ca-rácter á los chascarrillos.

Huyendo de otros que le pegaban, se metió un chico de doce á trece años en una iglesia de Talavera. ¡Oh imprevisión de la inocencia!

No bien había entrado en la casa de Dios, donde el desvalido halla amparo y el enfermo salud, lo pillan un *cleripopótamo* por su cuenta, lo mete en la sacristía, y le larga una capellanía soberana.

Esto es lo que se llama en castellano, meterse en la boca del lobo.

Por si debes cobrar tú, por si debo cobrar yo, los *curanfibios* de Guadalajara armaron un lío espantoso el día que fué conducido el cadáver del duque de Pastrana á la ermita titulada la So-ledad.

Ahora dicen que fué por cuestion de etiqueta, pero yo les pregunto:

¿La hubiérais promovido, respetables *cucara-chas*, en el entierro de un pobre? ¿A que no?

¿Que apostamos?

Porque como no hubiérais asistido ninguno...

Señor rector de las Maravillas:

Se ha presentado en esta redaccion el agua-dor que surtia de *pañi* el entresuelo derecha de la casa núm. 8 de la calle de Ruiz, donde V. vi-via, ó por lo ménos pasaba muchas horas del día y de la noche, preguntándome si sé el cuar-to á que V. se ha mudado.

Como ignoro el objeto, se lo aviso, por si es cosa que á V. le interesa, y quiere dejarle las señas á la portera de aquella casa.

No sé si era pastor, rabadán ó zagal el protes-tante que se puso á vender biblias en las calles de Calzada de Calatrava.

Mas si que los *cuervos* graznaron, el alcalde acudió, intervino la guardia civil, y mi vende-dor se fué con los libretos á otra parte.

Celos del oficio.

Cinco céntimos cobran los curas por cada si-lla en la iglesia de Zarauz, diciendo que es pa-ra alumbrar á las santas imágenes.

Sus amas podrian decirnos si es para alum-brarse ellos.

Hasta en verso me ha salido el párrafo ante-rior. Los curas fueron siempre fuente de inspi-racion para mí.

En breve pasará á la Audiencia de Logroño la causa instruida contra el sacristán de Santu-radejo y Baltasara Arnaez, presuntos autores del asesinato de Nicolás la Hera, marido de ésta.

Aquí de aquello tan antiguo: odiemos el deli-to y compadezcamos al delincuente.

¿Crees que no te conozco, presbítero enamo-rado, que te colocas todas las noches vestido de

persona en la parte más oculta del café Univer-sal? ¡Y que no es guapa que digamos la bar-biana que suele ir contigo!

Muchas veces, al veros salir juntitos, recuer-do aquellos versos de *El diablo mundo*:

Allá va la nave

¿Quién sabe do va?

El *parrocetáceo* de Oyarzun amenazó con no absolver en el confesonario á los que se disfra-zaran el Carnaval.

Siempre los curas viviendo del privilegio. Se disfrazan todo el año, y no permiten que los fieles lo hagan tres días.

He recibido un telegrama de Avilés, que no publico porque no lo entiendo; tales cambios ha sufrido en la trasmision.

Lo único que se desprende del texto, es que ha habido un gran escándalo con motivo de la llegada de unos jesuitas misioneros.

Cuando reciba detalles, me ocuparé del hecho.

PALOS Y PEDRADAS

Pues, señor, ni en el Rif.

Retirábase á su casa á eso de las once de la noche del 27 el jefe de los liberales de Iniesta, D. Froilan Perez Garrido, cuando descerrajaron sobre él dos tiros dos hombres apostados en una esquina, exclamando á la vez, «ahora si que mueres». Afortunadamente salió ileso.

Hace poco más de un mes se intentó otra aco-metida contra el mismo señor, por un guardia municipal, servidor y protegido del alcalde del pueblo, Sr. Gomez Vidal.

Por esta causa, y por asegurarse que estos he-chos se hallan relacionados con la cuestion po-lítica, están atemorizados los vecinos, y no se atreven á salir de sus casas despues de puesto el sol.

Lo advertimos, por si hay quien se atreve, á pesar de hallarnos en el periodo electoral, á po-ner remedio á este estado de cosas, no solo en Iniesta, sino en los demas puntos donde ocurre lo propio.

En 1842 cedió el Estado un edificio de su pro-piedad, que había sido convento de monjas, al ayuntamiento de Valencia de Alcántara, para las escuelas de Instrucción primaria.

Pero es el caso que desde 1850 ocupa una parte de él una Sociedad de recreo, gratuitamente, y con grave perjuicio de la enseñanza.

De nada ha servido que un vecino acuda en queja de este escándalo al municipio y al go-bernador civil, y en carta particular al director de Instrucción pública; la sociedad continúa ocupando el edificio.

Y como esto no debe ser, llamamos la aten-cion de quien corresponda á fin de que se reme-die, en la inteligencia de que si no se hace, ha-blaremos largo y tendido sobre el asunto, pues tenemos datos edificantes.

Extraña *El Resumen* que Montero Rios haya separado del cargo de comisario de ferro-carri-les al Sr. Perez Ruiz, para nombrar á otro con quien el gobierno tenia contraído ese compro-miso, siendo así que pudo haber relevado al acuchilla-niños Oliver, con gran aplauso de la opinion.

Para extrañarse de eso, ha debido olvidar el colega que el famoso Oliver es hechura, más que de los conservadores, de los fusionistas. Re-cuerde la invencion de la *Mano Negra*, cuyos antecedentes conviene á los fusionistas tener ocultos, y entonces se explicará el por qué no se atreven con Oliver.

El Eco de Cartagena da cuenta del falleci-miento de un hijo de Bartual, precioso niño de cuatro años, enfermo desde que fué ejecutado su padre.

Otra hija de aquel desventurado, que tambien cuenta pocos años, se halla en estado gravísimo por el mismo motivo que ha causado la muerte á su hermanito.

Naea de esto les ha ocurrido á los hijos de Sa-gasta, Martinez Campos, Jovellar y tantos otros, á pesar de haberse sublevado sus padres.

¡Y luego dicen que las mismas causas produ-cen siempre los mismos efectos!

Por no haber llegado antes á nosotros la no-ticia, no hemos manifestado que en Iniesta se ha verificado la coalicion entre todas las frac-ciones republicanas, nombrándose un comité de

que son presidentes honorarios los Sres. Ruiz Zorrilla, Pi y Castelar.

Mientras que algunos jefes favorecen á la mo-narquía con sus intransigencias, los soldados de fila les dan lecciones de sensatez y amor á la república.

Imiten todos nuestros correligionarios á los de Iniesta, en aquellas poblaciones donde ya no lo hubieren hecho.

La autoridad militar ha secuestrado el segun-do número del periódico *La República*, que se publica en Algeciras.

¡La autoridad militar! Este es un atropello es-candaloso, contra el cual protestamos enérgica-mente.

No estando en estado de sitio, esa autoridad no tiene derecho á tomar esas medidas.

Póngase en claro el hecho, y castiguese á los culpables.

CORRESPONDENCIA MÍSTICA

Berja.—No llegó á mi poder el número de *El Inde-pendiente*, de Dalias.

Por tal razon no he podido ocuparme del asunto del cura Ferrer, á que se refiere la carta fecha 22 del pasado.

NOTICIAS BIBLIOGRAFICAS

Eduardo Gomez Sigura, renombrado autor de *La balija rota*, acaba de publicar una novela titulada *El Taciturno*.

Es un hermoso libro, que sentimos no poder ana-lizar por falta de tiempo, puro de estilo, de trama interesante, con caracteres reales, y con cierta ten-dencia pesimista, propia de quien ha estudiado la sociedad á fondo.

Felicitemos á Gomez Sigura por esta nueva prueba que nos ha dado de su gallardo y ingenio, recomen-damos á nuestros lectores la obra, que se vende á cuatro pesetas en las principales librerías.

Reforma del catecismo compuesto por el P. Jeróni-mo Ripalda, de la compañía de Jesus, escrito en ver-so, á canto llano, por fray Lino Cretona y Muleton, carmelita descalzo. Precio: 8 reales. Los pedidos á D. José Maria Faquineto, Olivar, 6.

Tiene mucha gracia é intencion.

ADVERTENCIA

Rogamos á las personas que nos han hecho pe-didos del ya famoso y popular libro *La Religion al alcance de todos*, de don R. H. Ibarreta, que aguarden unos días, pues está ya al terminarse una nueva tirada de diez mil ejemplares, é inme-diatamente se les servirán.

LIBRO NUEVO

DIOS ANTE EL SENTIDO COMUN

Acaba de ponerse á la venta esta importantísima obra al precio de dos pesetas en toda España.

LIBROS EN VENTA

LO QUE NO DEBE DECIRSE (cuarta edición), por José Na-kens.—Precio: 2 pesetas.

LA PIQUETA por José Nakens.—Tercera edición.—Precio: Una peseta.

COMENTARIOS A LA BIBLIA (EL CITADOR), escrito en fran-cés por Pigault-Lebrun. Version castellana con un prólogo y la biografía del autor por A. G. M. Obra interesantísima.—Una peseta.

AGICATE DE LA ALEGRIA Coleccion de cuentos, epigramas y frases ingeniosas; todo escogido.—Una peseta.

AQUELLOS TIEMPOS por D. Miguel Morayta, catedrático de la Universidad Central. Obra excomu-nada. Dos pesetas.

ESPEJO MORAL DE CLÉRIGOS para que los malos se espanten y los buenos perseveren, ó sea recopilacion extraordinariamente ampliada y corregida de los celebrados y odoríferos *Manojos de flores místicas* publicados por EL MOTIN.—Cuatro partes á peseta cada una.

REGOCIJO DE CREYENTES Y BALUARTE CONTRA MELANCO-LIAS Precio: una peseta.—Obra festiva con trece buenas cari-caturas al cromo.

EL PORVENIR DE GALICIA por Emilio Saco y Brey. Este in-teressante folleto, donde se de-muestran las condiciones naturales de tan bellísimo como olvi-dado país, y se trata de las reformas que debe sufrir para su prosperidad y engrandecimiento, se halla de venta en esta Ad-ministracion al precio de UNA PESETA.

EL PROBLEMA DE LA MISERIA resuelto por la armonía de los intereses humanos, por D. Ramon de Cala. Precio, 1,50 pesetas.

DE LOS JESUITAS Compendio de las lecciones que dieron en el Colegio de Francia los ilustres escritores democratas Michelet y Quinet, con un extenso prólogo de Don Luis Barthe. Precio: dos pesetas.

MADRID.—Imp. de E. Saco y Brey, Divino Pastor, 12.